

EL

LAGARTO
Y EL
CAMALEÓN.

En las tierras
del norte de África
existía un pantano
sin igual. En él crecían
multitud de arbustos y
cañas, de diferentes tipos,
cada uno de un color y de
una forma. El dios de los cielos
vio que aquel lugar era tan bello
que descendió a la tierra para
quedarse a vivir en él

Pensó que un lugar tan maravilloso
merecía ser compartido por otros seres.
Para ello, partió cañas y las transformó en
personas y animales, y los fue acomodando
por parejas, hembra y macho.

Surgieron así los hombres blancos, los hombres
negros, los animales salvajes, las aves, los insectos
del bosque y de la pradera, los peces y las demás

cria-
turas
de los
ríos y de
los lagos.

Y creó el sol y
la luna para que
habitaran el cielo y
contemplaran desde
allí su gran obra.
Pensó que el sol podría
iluminar el día y la luna
vigilar la noche. Levantó los
brazos y exclamó:

- ¡Que el sol se muestre de día y
la luna de noche!

El dios de los cielos estaba satisfecho.

Deseó entonces hacer un último regalo
a su creación. Después de un tiempo de
vivir entre sus criaturas, se encontró con
el camaleón, al que amaba especialmente, y le
dijo:

-Tengo una noticia para todos los seres vivos: ve
y diles que nunca morirán.

El camaleón se sintió halagado por ser el elegido para

.

dar
tan
buena
nueva. Se
puso en
camino

mientras movía
sus ojos para todos
lados y avanzaba
pausadamente.

Cuando sentía calor el
camaleón se paraba a
descansar bajo la sombra de
los arbustos. Desde ahí
desenrollaba su larga lengua y
atrapaba toda clase de insectos con
los cuales se deleitaba.

-¡Te estás comiendo mi comida! -le
gritó una rana.

El camaleón no quería discutir con la rana
y adoptó un color rojizo para pasar
desapercibido entre el follaje. La rana empezó a
gritar más fuerte llamando a sus compañeras:

- ¡Se está comiendo nuestra comida!

Y, al instante, una multitud de ranas lo rodearon.
Como no podía huir, el camaleón se puso del color de

la
som-
bra,
pero las
astutas
ranas lo
localizaron y
brincaron
encima de él
golpeándole con sus
patas:

- ¡Así dejarás de comerte
nuestra comida! -
exclamaban.

Cuando las ranas se hubieron
alejado, el camaleón quiso continuar
su camino. Pero no podía caminar
porque se había lastimado seriamente
una uña. Al cabo de un tiempo, pasó cerca
de allí un lagarto y el camaleón lo llamó
para decirle:

- Ve en busca del dios de los cielos y cuéntale que
no puedo cumplir su encargo porque las ranas me
dejaron muy malherido.

El

lagarto
cumplió el
recado. Al
oírlo, el dios
de los cielos se
enojó por lo que le
habían hecho al
camaleón y ordenó al
lagarto:

-Tú serás ahora mi
mensajero. Te ordeno que les
comuniques a todos los seres
que he creado que tarde o
temprano morirán. Nada ni nadie
permanecerá sobre la tierra para
siempre.

El lagarto corrió ansioso a transmitir el
mensaje:

-¡Todas las personas morirán, sean blancas
o negras! ¡Todos los animales morirán, sean
domésticos o salvajes! ¡Nada ni nadie
permanecerá eternamente!

Y es así como, desde entonces, todos los seres vivos
están condenados a morir, dejando en el mundo a sus
hijos y el recuerdo de su existencia.